res, que nos han arrojado en el paganismo, y mas allá del paganismo, en la barbarie de la descomposicion, peor aun que la de la fórmacion.

La esperiencia ha llegado á su colmo. Hase agotado la sustancia social. No somos ya un pueblo; y cuando digo somos, debe entenderse en distintos sentidos que respecto de los demás pueblos, porque la cabeza dirige al cuerpo, y lo que se habia atacado es el mundo entero y el órden social europeo.

¿Qué acontecerá, pues? La suerte del mundo moderno se está pesando actualmente en la balanza. ¿Ha llegado acaso el fin del mundo? ¿Son estos tiempos nuevos?

Hé dicho las razones que hay para temer. Ahora voy á sondear las razones que hay para esperar.

CAPITULO III.

RAZONES PARA ESPERAR.

De todas estas razones para temer, fórmase una general y dominante en el dia, que haria vanas las mejores razones de esperar, por una especie de escepcion previa contra su adopcion.

Tal es el desaliento y la falta de esperanza, que se advierten.

Recorriendo el Libro donde se hallan trazados en un pueblo los sentimientos, la conducta y los destinos de los demás pueblos, he encontrado en él una palabra que oprime el corazon por su analogía con la situacion presente.

«¿Por ventura oh casa de Israel dice el Señor, por boca de su profeta, no podré hacer yo con vosotros lo que el alfarero ha hecho con su barro? Sabed que lo que es barro en manos del alfarero, eso sois vosotros en mi mano, ¡oh! casa de Israel.—Cuando haya pronunciado mi sentencia contra una nacion para arrancarla y aniquilarla, si esta nacion hace penitencia de sus pecados por los cuales pronuncié el decreto contra ella, yo tambien me arrepentiré del mal que pensé hacerla.»

«A esto respondieron ellos: hemos desesperado, *desperavimus*: y asi, seguiremos nuestras ideas, y cada cual hará lo que le sugiera su malvado corazon (1).»

¡Cómo es lo que se dijo de la *casa de Israel* aplicable en el dia á la casa de Francia! ¡*Desperavimus*! ¿No es esta la palabra que esplica la situacion actual? En tal caso, no solamente no se combate las razones de temer, sino que se forma de ellas una filosofía de decadencia irremediable sobre la cual se diserta; á la que nos dejamos estúpidamente conducir, y que se esplota aun en favor de las pasiones egoistas. A la humillacion de su suerte se añade la vergüenza de aceptarla. Consumáse pues aquella.

No es permitido á un hombre, á un frances, á un cristiano soportar este indigno sentimiento. Es preciso obrar en contra y saber guardar este último puesto de combate que ningun poder en el mundo puede arrancarnos, porque se halla en nosotros mismos; la esperanza.

¿Pero depende de nosotros la esperanza?

En el órden moral y social, seguramente; porque hase dado al hombre y á las sociedades constituir sus destinos. De esta suerte, la esperanza es siempre racional, aunque los asuntos públicos fueran mal, precisamente y sobre todo cuando no pueden ir peor.

La esperanza, en efecto, llega entonces á ser virtud, resolucion, valor, abnegacion: todo lo que regenera á un pueblo. Pone de realce todos los nobles y los grandes instintos que la quietud de la confianza entorpece. Y ella misma llega á ser una razon primera y general de esperanza.

(1) Jeremías, XVIII, 6, 7, 8, 12.

Pero con una condicion.

Esta es que se tenga *fe* en alguna razon de esperar; fe que falta comunmente; razon que no falta jamás.

La fe, en todas las cosas de este órden, es la *sustancia* de la esperanza. Y como la fe se halla por su naturaleza á prueba y tambien en razon de la oscuridad y de las dificultades, prevalece aun cuando se estinga toda esperanza; ocupa su lugar esperando que ella la releve; permite *esperar contra la esperanza* misma.

Toda la cuestion se reduce á saber dónde debemos colocar nuestra fe, y sabiendo esto, en quererla colocar allí. Con estas condiciones está en nuestras manos nuestra salvacion.

Ahora bien, sabemos ya dónde no debemos colocar nuestra fe. Y digo que lo sabemos, porque nuestro desaliento proviene precisamente de la triste esperiencia que hemos hecho de ella y que hacemos todavía, como para acabar de convencernos de que es mas arriba y en otra parte donde debemos buscar su punto de apoyo.

Debemos pues aplicarnos á esta investigacion, enteramente resueltos á no rehusar el descubrimiento de este polo supremo de nuestras esperanzas y á tomarlo por orientacion de todos nuestros esfuerzos, desde el momento en que se nos aparezca.

I.

RECURSOS NATURALES DE LA FRANCIA.

Primeramente, no desconozcamos los recursos que nos restan.

La Francia se halla todavía en posesion de las ventajas naturales con que el Cielo la ha dotado escepcionalmente, y puede decirse todavía de ella, como en el siglo décimocuarto: «La Francia es un pais pingüe, pleno y duro, donde las gentes son ricas y poderosas, y de gran haber.»

Su posicion geográfica es de las mejores. No se halla enclavada como la Polonia. Es á un tiempo mismo continental y marítima. No se halla en manera alguna herida, y es formidable aun en esta última situacion. En el interior, tiene tantos establecimientos y fundaciones que multiplican la vitalidad cuyos productos constituyen, al paso que imponen el respeto de la industria humana á quien no es enteramente salvaje, que, por sacrificada que haya sido la Francia á causa de la incuria y la locura que han entregado sus ejércitos; por invadida que se haya visto por todos los de la Alemania, cuya nacion ha tenido que quedarse desierta para avalanzarse sobre nosotros, puede juzgarse, por la resistencia que ha opuesto Francia con sus solas fuerzas cívicas improvisadas. de todo lo que ella seria en un estado normal rehecho en la escuela de sus reveses.

En el esterior somos aun una nacion con la que deben contar todas las demás.

Lo somos, por esos recursos tan variados como inagotables de nuestro clima, de nuestro suelo, de nuestra agricultura, de nuestro crédito, de nuestra actividad, comercial, financiera, económica, artística, cuyos estravíos mismos atestiguan su poder; por esos prodigios del ahorro, que no obstante los millones cuyo pago adelanta nuestra liberacion, se derrama y esparce en liberalidades inagotables y parece acrecentarse al paso que se agota (1).

Lo somos por la autonomía, fuertemente pronunciada de nuestra nacionalidad, que sin embargo, á diferencia de todas las demás cuyas cualidades propias, á veces superiores, son esclusivas é intransmisibles, reune todas estas cualidades en completa conformidad, donde se equilibran y se armonizan como en un *metal corintio*. De aquí un poder de asimilacion estraordinario, que se apropia lo que le prestan, transfigurándolo con un arte que llega á ser su marca para el mundo entero. De aquí tambien una propiedad única de espansion, que nos hace penetrar y ser recibidos por todas partes, y parece como que se reconoce en manos de la Francia el cetro de la

(1) Hemos creido deber consignar las siguientes reflexiones de un *Boletin de hacienda* de setiembre de 1871. «El ahorro, *cuyos progresos no ha detenido la misma guerra*, como decíamos hace dos meses, el ahorro revela en el dia sus profundidades; deja ver capas de plata ignoradas, venas mas ricas y de esplotacion mas duradera que las minas fabulosas de San Luis y de Sacramento. Despues de tantos desastres, despues de la ocupacion de 30 departamentos, despues de la Commune, despues de tantos despilfarros, locuras y faltas innumerables, nos volvemos á encontrar tan ricos como antes, porque esta riqueza proviene de Dios, es decir, de su suelo, de su clima y de su genio; no podemos comprometerla; tiene su empleo marcado; el Tesoro y los recaudadores de los departamentos han visto entregar á esta hora 1,680 millones del último empréstito, lo cual no podria creerse, si el dato no fuera oficial.

Asi, han sido encontrados, reunidos y pagados en dos meses 1,680 millones en especie, «entre nosotros tan solo» y además, colocados «definitivamente.» Esto solo causaria vértigos, si valiera la pena de turbarse y de conmoverse por una suma de dinero, cualquiera que fuese, y si el dinero probara alguna cosa por sí mismo. Nos complacemos, no obstante, en ello, porque con tanta riqueza se puede armar y pagar innumerables soldados.

opinion, del gusto, del pensamiento, de las obras, de la civilizacion misma.

Lo somos en fin, por la generosidad de nuestro carácter, y lo que llámaré la caballerosidad del derecho humano.

Bajo este concepto, hemos sufrido nuestros desastres para aprovecharnos de ellos, ligando nuestro destino al del derecho general y de la humanidad en el mundo. La Alemania ha representado hasta tal punto el papel inverso en esta guerra, desde la batalla de Sedan, respecto del objeto que se ha propuesto, y sobre todo, de los medios que ha empleado, que haria buena nuestra causa, precisamente con todo el mal que nos ha causado. Por otra parte, la Europa ha abdicado de tal suerte el papel de mediador, y ha rendido sacrificio hasta tal punto al miedo, al interés mal entendido, al egoismo político, para dejarnos enteramente el honor de cubrirla y de representar el mundo cristiano, que bajo los nombres de Alemania y de Francia, esta guerra ha sido un verdadero duelo entre la fuerza y el derecho, que ha interesado á todos los pueblos.

Bajo un punto de vista elevado, nuestras desgracias han tenido un designio ú objeto providencial que nos distingue por estas mismas desgracias.

Cuando la corrupcion de un pueblo ha llegado á su colmo, y que no le queda ya nada sano, lo mejor que puede deseársele, es que, como se hace con un enfermo desauciado, se le deje concluir con su muerte natural, y que no venga á precipitarle choque alguno.

Pero cuando una nacion en vias de descomposicion puede todavía ser curada, el castigo mas terrible que

puede imponérsela seria la impunidad; porque entonces se veria entregada á su propia corrupcion y vengaría en sí misma las leyes morales, dejando los restos de su existencia en su violacion.

Este supremo castigo se nos ha perdonado. Dios nos ha honrado con un tratamiento importante, y á pesar de su ineficacia aparente hasta aquí, no podria creer que esto haya sido en vano.

Bastante corrompidos para tener necesidad de él, no lo estábamos hasta el punto de no ser dignos del mismo. Lo habíamos merecido por nuestras culpas en sus mas terribles efectos y por nuestras virtudes en su parte mas saludable.

Realmente, si ha hecho que el mal se desbordara, ha hecho que se manifestara el bien; los ha puesto en claro y en pugna en nuestro mismo seno.

Tales son los recursos naturales y providenciales de que nos hallamos provistos.

II.

QUE NO NOS HALLAMOS DECAIDOS SINO ENFERMOS.

Pero no debemos disimulárnoslo; estos recursos si se hallan aislados, pueden retardar, pero no conjurar nuestro fin; puesto que hemos caido y hasta continuamos descendiendo, hallándonos en plena prosperidad de este órden, que hemos socavado, y que yacemos bajo el golpe mismo del castigo que deberia levantarnos.

Preciso es, pues, buscar en otra parte las razones de esperar.

Hay dos de ellas generales que, sin ser decisivas, me parecen dignas de consideracion.

La primera es que no nos hallamos tocados de decadencia natural, por el solo efecto de la edad de nuestra nacion, y segun la ley de la vida á su declive en los pueblos así como en el individuo; sino que nos hallamos afectados de enfermedad y de enfermedad violenta.

No hay duda que esta enfermedad ha ocasionado un empobrecimiento general, y como una caducidad precoz en la nacion; parece haberse extinguido las creencias, y por consiguiente, las costumbres, los caracteres y los elementos sociales. Pero si es este el efecto de la enfermedad, ¿no es permitido esperar que sea el efecto contrario el de la curacion, y que todo se vuelva á levantar cuando hayamos vuelto en nosotros mismos?

Esta enfermedad de que hablo, y que se halla tan bien caracterizada, que todo el mundo le asigna la misma fecha, (1) es la Revolucion que nos hace desviarnos violentamente del camino real de la naturaleza, que nos ha precipitado de las cumbres donde la Francia rejuvenecida tomaba un nuevo aliento en todas las caidas y en todas las convulsiones en que luchamos y en que perdemos nuestras fuerzas desde esta época. Creo haber hablado de esto lo suficiente para no volver á insistir. Es el partido resuelto de un régimen idéntico al través de todas las revoluciones que produce, régimen imposible y monstruoso; el ateismo político y legal que ha llegado á ser social, ¡la privacion de Dios, la guerra á Dios!

(1) Esta enfermedad es la que un estudiante aleman, calificó desde 1848, en su tesis médica, de esta suerte: DE MORBO DEMOCRATICO NOVA INSANIÆ FORMA.

¿Cómo, en presencia de semejante mal, buscar en otra parte la causa de nuestro lamentable estado?

Por mi parte, deduzco de él una razon de esperar.

En efecto, de él deduzco que si vivimos aun despues de ochenta años de este estado mortal, es porque es preciso que nos hallemos dotados de una constitucion muy fuerte, constitucion que concluiria necesariamente por sucumbir á la accion mas y mas violenta de este régimen; pero que no habiendo enteramente cedido, tiene por esto mismo, fuerza suficiente para levantarse, si es que ella arroja su veneno.

No, no estamos enfermos de decrepitud, sino que estamos viejos por efecto de la enfermedad, lo cual es muy diferente, porque cesando la enfermedad, volverá á aparecer la virilidad.

La segunda razon general que tenemos para concebir esperanzas, se deduce de que no somos los únicos que se hallan enfermos; que la Europa, que el mundo entero lo están tanto como nosotros, y mas que nosotros. La crisis tiene un carácter universal y absoluto. Consiste en haberse puesto en cuestion á Dios, en el mundo entero. Esta es la causa del bien y del mal en su universalidad. Así, pues, no estando probablemente para concluir el mundo, tenemos la vida de todo el mundo por garantía de la nuestra. Me atrevo á decir mas, á pesar de nuestro abatimiento, la Europa es la que *nos tiene* por garantía de sus destinos.

Háblase mucho de la decadencia de las razas latinas comparadas con las razas germánicas. Hay en esto una ilusion. Me limitaré aquí á responder por la Francia.

Estáse agitando en el mundo la cuestion revolucio-

naria, y su agitacion es la que promueve todas nuestras agitaciones. No es pues la Francia el país mas removido, sino porque es la nacion que está mas particularmente encargada de resolver aquella cuestion, y porque se debate especialmente en su seno.

La verdad, el error, el bien y el mal viven uno junto al otro en las demás naciones; solamente en Francia se encuentran realmente en pugna. Asi es que el resto del mundo espera de ella su suerte. Esto es lo que dá una importancia universal á todos los acontecimientos de que es la Francia teatro, cualesquiera que sean el desórden ó la iniquidad bajo que se produzcan. Y como si Dios mismo quisiera designar la Francia á la atencion del mundo, interviene mas directamente, al parecer, en estos acontecimientos, y les da una proporcion y un valor providenciales. La Francia ha tenido siempre el privilegio de ser conducida mas visiblemente que nacion alguna por la Providencia, porque es ella la que guia á todo el mundo (1). Es el timon, que es lo que se halla mas inmediato á la mano del piloto, y cada uno de cuyos movimientos influye en la marcha entera de la nave. Es aquel monte sagrado donde bajo la oscuridad de las nubes y al través de los relámpagos y de las detonaciones del rayo que lo desgarran, hace oir el Eterno á la tierra sus mandatos y promulga sus amenazas y sus beneficios. Es el Sinaí de la Providencia. En esto consiste que sea este país el mas atormentado del mundo. Podria hallarse tranquilo en el mal como otros muchos, pero con condiciones que le serian insoportables, porque

(1) No se olvide que es francés quien así se explica.
(N. del T.)

afectarian el sentido moral cristiano siempre vigilante y que él mantiene á su costa para los demás pueblos. Mientras que estos viven con el veneno que llevan ó perecen lentamente, él se siente súbitamente enfermo con este veneno, atormentado, furioso, y por los estragos que el error verifica en él, llega á ser su víctima, sirviendo de esperiencia para los que se lo han dado. Y despues, vuelve á la verdad que le es natural y le acredita en el mundo por el ascendiente que le da esta experiencia misma del error. Tal es esta gran nacion; siempre grande, tanto en el mal como en el bien, y á veces á un tiempo mismo en uno y otro. Esto esplica todas sus revoluciones, todas sus convulsiones, tan estériles para el reposo que busca, pero tan fecundas para la verdad, fuera de la cual no le es permitido encontrarlo y de cuyas vicisitudes participa en el mundo. En estos últimos tiempos sobre todo, hánse esparcido abundantemente por el cielo y la tierra las verdades y las lecciones; ó mas bien, para hacerlas mas memorables y mas instructivas, las ha hecho al fin Dios brotar y brillar entre nosotros, de la tierra, del hombre, de nosotros mismos. Y lo que dá á esta época un carácter especialmente crítico es que estas verdades y estas lecciones, vomitadas por el error y por el crímen, son el último resultado de una experiencia secular. Dios habia reservado á nuestro tiempo, que fuera á la manera de la playa donde esas olas impuras que venian de tan lejos y que se remontaban tan alto, encrespadas hasta el cielo, debian venir á estrellarse y á dar el espectáculo de todo su furor y de toda su impureza.

Esto lo dige ya en 1851. Entonces fué comprimido

el desórden material á costa del órden moral, y debia acrecentarse á espensas de este, con una grande y trágica leccion mas; la leccion que es tal vez la última y de que, en su consecuencia, debemos aprovecharnos con gran cuidado, si es que no tratamos de arrostrar y de despreciar toda leccion.

Esta leccion que tan caramente pagamos y que parece no obstante que hemos comprendido tan mal, nos apremia á reconocer en fin la suprema razon de esperar y de acogernos á ella como á la roca en el naufragio.

Preciso es levantar aquí los espíritus y los corazones, inspirándose con toda la gravedad de una situacion que no soporta ya medianas miras y sentimientos cuitados.

III.

QUE TENEMOS LA VIDA EN MEDIO DE NOSOTROS.

Entre estas admirables escenas del Evangelio que nos presenta la historia y la fé como verídicas y como simbólicas, advierto la siguiente:

Habiendo caido enferma una jóven de elevada condicion, se moria. Su padre fué á arrojarse á los pies de Jesús, suplicándole que fuese á curarla. Jesús acogió su ruego Al dirigirse, seguido de gran muchedumbre de pueblo á su morada, acudieron los criados de aquel hombre á decirle: Ha muerto tu hija y es inútil fatigar mas al Maestro. Pero el Salvador, movido por el dolor del padre, le dijo al punto: «No te desconsueles; *ten fé solamente* y tu hija te será devuelta.» Y habiendo llegado

Jesús á la casa, no dejó entrar con él mas que á tres de sus Apóstoles con el padre y la madre de la jóven. Despues, penetrando hasta la estancia mortuoria, por entre los aprestos de los funerales y de las lamentaciones de la casa, Aquel que es *la resurreccion y la vida*, y para quien un difunto no es mas que un mortal dormido, dijo: «No lloreis, porque no ha muerto; está solamente dormida.» Entonces, entre las sonrisas burlescas de algunos de los asistentes, junto con los lloros de la familia, tomando la mano á la pobre jóven, exclamó: ¡Levántate! ¡yo te lo mando! «Y volviendo al punto el alma de la difunta á su cuerpo, se levantó la jóven y recobró todas las funciones de la vida (1).»

El Salvador del mundo no hizo entonces respecto de esta jóven mas que lo que iba á practicar en grande con respecto á la humanidad algun tiempo despues; lo que ha hecho mas adelante, lo que puede hacer todavía respecto de la Nacion que es su hija mayor; pero lo que no ha hecho ni hará nunca sino con esta condicion: *Tened fé solamente.*

Que la Francia se halle en el último extremo; que hasta haya muerto, no importa: creer es vivir. Pero lisonjearse de que volverá á levantarse del estado en que se halla, por su propia virtud y menos aun por la de los empíricos que pretenden sacarla de él por medio del mismo tratamiento que la ha sumido en tal estado, es una locura, no es peligroso afirmarlo, y si pudiéramos reir, las risas de la incredulidad asomarian esta vez á los labios de los creyentes.

(1) San Marcos, cap. V. San Lúcas, cap. VIII.